

*Arturo Oropeza García**

La India y su cita con el destino

SUMARIO: I. La India y el siglo XXI. II. India, la “indescifrable”. III. La India y sus argumentos. IV. Casta y pobreza: un nudo gordiano. V. India-China o el baile de los gigantes. VI. La India y su cita con el destino. VII. Consideraciones finales. VIII. Bibliografía.

*La India es un museo etnográfico e histórico.
Pero es un museo vivo y en el que coinciden
la modernidad más moderna con arcaísmos
que han sobrevivido milenios.
Por esto es una realidad que es más fácil
enumerar y describir que definir. Ante esta
diversidad, es legítimo preguntarse: ¿la India
es realmente una nación?*

Octavio Paz

I. La India y el siglo XXI

El siglo XXI amaneció con la noticia del reacomodo del mundo global donde aparecía, entre otras notas, que cuatro economías emergentes del llamado grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India y China),¹ colapsarían los paradigmas del siglo XX y se colocarían en 2050 dentro de las naciones más importantes

* Doctor en Derecho e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Arbitro No-Nacional por parte de Brasil dentro del Mecanismo de Solución de Controversias del MERCOSUR. Autor de diversas obras sobre Derecho Económico e Integración Económica.

¹ Se excluye a Sudáfrica por no ser parte de la propuesta inicial.

de la economía mundial, donde la India ocuparía el tercer sitio después de China y los Estados Unidos; y a Rusia y a Brasil les corresponderían el quinto y sexto puesto después de Japón.

Junto con el revuelo que causaron este tipo de predicciones (2001, Jim O'Neill Jefe de Análisis Económico Global de Goldman Sachs), las cuales dieron inicio a un acalorado debate sobre la hegemonía del siglo XXI, el cual parece nos tendrá ocupados a lo largo de la primera mitad de estos cien años, se generó la necesidad para el mundo de saber no sólo sobre el producto interno bruto (PIB) y la balanza comercial de estos países, sino de entender en el marco de sus fortalezas y debilidades, que era lo que hacía que se publicitara el anuncio de su asombro, o por el contrario, el escepticismo de su éxito. Preguntas que no han sido fáciles de responder porque el mundo occidental, en la línea de sus logros del siglo XX, que consolidaron una etapa de éxito económico y civilizatorio a lo largo de los últimos quinientos años, se olvidó de Asia en general, y de países como India y China en particular, a los cuales en el radar de su percepción los dejó ubicados en la imagen de la problemática social, económica y política que presentaron en el siglo pasado e incluso en periodos anteriores.

Rusia, la ex Unión Soviética, ante su caída en 1991 y la pérdida de 4.5 veces su PIB en la década de los noventa, generó en el mundo occidental la idea equivocada, como se comprueba ahora en 2015, que su recuperación tomaría más tiempo. China, sus históricas hambrunas de la década de los setenta del siglo pasado que provocaron la muerte de millones de personas, también abonaron a la idea de una China subdesarrollada que tardaría mucho no en ser, como lo es hoy, la primera economía del mundo por poder de compra, sino en alcanzar el nivel de nación desarrollada. India, bajo sus propias circunstancias, durante el siglo XX y aún en el tiempo actual, evoca en primer término la idea de una nación pobre de enormes problemas sociales y económicos, compuesta por 1250 millones de habitantes, sobre la cual es difícil desprender la idea de que dentro de aproximadamente tres décadas será la tercera economía del mundo. Con India, al igual que con los otros países BRIC (se excluye a Brasil por razones históricas y geopolíticas) salvo para el observador erudito que nunca perdió de vista la importancia histórica y el valor civilizatorio de estas naciones, su imagen antes y después de su independencia en 1947, dos años antes del triunfo de la Revolución China, se vuelve lejana y difusa y no se logra entender cuáles serán las fortalezas que volverán posible las predicciones de O'Neill.

De los cuatro países BRIC iniciales tal vez sea la India, por su exuberante naturaleza, el país más difícil de captar por parte del observador occidental. Su pasado histórico lleno de meandros. La fuerza poderosa de sus religiones. Su aún inentendible y vigente sistema de castas. Su lacerante pobreza. El funcionamiento de una democracia de más de 700 millones de electores. Su exitoso crecimiento económico de 6.4% promedio del PIB de 1991 a 2013, etc., son temas nuevos tanto para Occidente como para la cotidianidad de México y América Latina. India, a pesar de sus cuatro mile-

nios de historia, se presenta al mundo actual como un país nebuloso que provoca todo tipo de imágenes que van desde la idealización de su espiritualidad hasta el descubrimiento de sus contradicciones.

El conocer a la India habiendo entrado ya el presente siglo a la Era el Pacífico; con el corrimiento de Occidente hacia un nuevo mundo geopolítico que se alejara del eurocentrismo en el que habitó cómodamente durante medio milenio y también por ser parte de un nuevo esquema de asociación (BRIC) que desde 2009 ha venido mostrando su vocación de liderazgo global para el presente siglo, es un ejercicio que ha dejado de ser una opción para convertirse en una tarea obligada para todo aquel que se interese en la narrativa del inicio del presente milenio.

II. India, la “indescifrable”

En su libro “Vislumbres de la India”, escrito por Octavio Paz en la segunda mitad del siglo pasado, se nos brinda una visión del país asiático que no estaría muy alejada de lo que un observador común descubriría al llegar a la India en esta segunda década del siglo XXI. Al respecto dice Paz: “Bajé corriendo la escalera y me lancé a la ciudad. Afuera me esperaba una realidad insólita: oleadas de calor, vastos edificios grises y rotos como los de un Londres victoriano crecidos entre las palmeras y los banianos como una pesadilla pertinaz, muros leprosos, anchas y hermosas avenidas, grandes árboles desconocidos, callejas malolientes, torrentes de autos, ir y venir de gente, vacas esqueléticas sin dueño, mendigos, carros chirriantes tirados por bueyes abúlicos, ríos de bicicletas, algún sobreviviente del British Raj de riguroso y raído traje blanco y paraguas negro, otra vez un mendigo, cuatro santones semidesnudos pintarrajeados, manchas rojiblancas de betel en el pavimento, batallas a claxonazos entre un taxi y un autobús polvoriento, más bicicletas, otras vacas y otro santón semidesnudo, al cruzar una esquina, la aparición de un muchacha como una flor que se entreabre, rachas de hedores, materias en descomposición, hálitos de perfumes frescos y puros, puestecillos de vendedores de cocos y rebanadas de piña, vagos andrajosos sin oficio ni beneficio, una banda de adolescentes como un tropel de venados, mujeres de saris rojos, azules, amarillos, colores delirantes, unos solares y otros nocturnos, mujeres morenas de ajorcas en los tobillos y sandalias no para andar sobre el asfalto ardiente sino sobre un prado, jardines públicos agobiados por el calor, monos en las cornisas de los edificios, mierda y jardines, niños vagabundos...”. Al final de esta descripción pormenorizada del paisaje indio, ya un Paz agotado de tanta realidad agrega “Me senté al pie de un gran árbol, estatua de la noche, e intenté hacer un resumen de lo que había visto, oído, olido y sentido: mareo, horror, estupor, asombro, alegría, entusiasmo, náuseas, invencible atracción. ¿Qué me atraía? Era difícil responder: Human kind cannot bear much reality. Sí, el exceso de realidad se vuelve irre-

alidad pero esa irrealidad se había convertido para mí en un súbito balcón desde el que me asomaba ¿hacia qué? Hacia lo que está más allá y que todavía no tiene nombre...” (Paz, 1995, págs. 13-16).

La India, crisol de contradicciones, en la actualidad no ha cambiado mucho. En su parte medular su descripción no estaría muy distante del cuadro hiperrealista que dibujara Octavio Paz en la pasada década de los sesenta. Hoy todavía cualquier viajero primerizo al deambular por las calles de la vieja Delhi, por Agra, por sus diversas provincias como Jaipur, el Punjab e incluso de sus “nuevas” ciudades-tecnológicas como Bangalore, respiraría los mismos olores y compartiría las mismas emociones de un país que anclado en el tiempo de sus tradiciones, en una perversa combinación con sus limitaciones económicas, impacta al observador occidental a través de los largos capítulos de su historia, de los frondosos brazos de su cultura; de la riqueza y exacerbación de sus religiones; de la fuerte evidencia de su erotismo; del choque de su miseria y falta de sanidad, etc.; en un sincretismo que a unos cautiva, a otros sorprende y a los demás espanta. Paradójicamente la realidad anterior convive a un mismo tiempo con la India BRIC, con la India tecnológica, con la nación de vanguardia en materia de servicios de la inteligencia y programación computacional. Si en vez de a Paz le preguntáramos a Thomas Friedman sobre su impresión actual de la India comentaría: “Me encontraba en el tramo de salida del Club de Golf KGA en el centro de Bangalore, en el sur de la India, y mi compañero de juego señaló dos relucientes edificios de cristal y acero que se veían a lo lejos, justo detrás del primer green. Todavía no habían construido el edificio de Goldman Sachs; de lo contrario, mi colega habría podido señalarlo también y convertir el golpe en un threesome. Las oficinas de HP y Texas Instruments daban a la segunda mitad del campo de 18 hoyos, en el recorrido del hoyo10. Y ahí no acababa la cosa. Los banderines de los puntos de salida lucían logo de Epson, la empresa de impresoras, y uno de nuestros caddies llevaba un gorro de 3M” “No, sin lugar a dudas no era Kansas. Ni siquiera parecía la India. ¿Era el Nuevo Mundo, el Viejo Mundo o el Próximo Mundo?” (Friedman, 2006, pág. 13). Por ello el mundo occidental y los propios indios no acaban de entender con claridad con qué India hablan o a qué India pertenecen. ¿Con el país donde un 50% aproximado de su población carece de drenaje y servicios de sanidad? o ¿con la nación que exporta al año 12 mil millones de dólares en servicios de alta tecnología? (Banco Mundial, 2012).

III. La India y sus argumentos

Desde 1984 con Rajiv Gandhi como Primer Ministro de la India; y más claramente desde 1991 con Narashima Rao; pero sobre todo a partir de Manmohan Singh durante el periodo 2004-2014, es que la India construye una plataforma económica de salida creíble (6.4% de crecimiento anual promedio

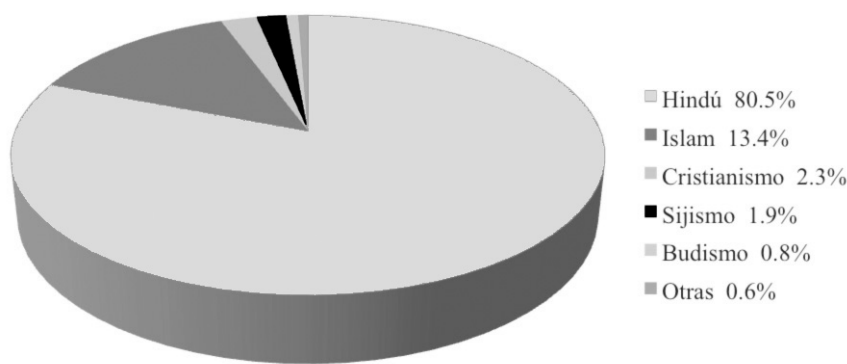
del PIB) que la ha insertado dentro de los pronósticos ganadores de la primera mitad de siglo. Después de 68 años de vida independiente (1947-2015), la India empieza a alejarse del fantasma de la incertidumbre económica que la habitó a lo largo de los periodos más representativos de su vida moderna. El primero, dirigido por Jawaharlal Nehru (1947-1964), con el 3.8% de crecimiento promedio; el segundo, identificado por la administración de su hija Indira Gandhi (1966-1977/1980-1984), con el 4.2% promedio; el tercero encabezado por el mandato del hijo de Indira, Rajiv Gandhi (1984-1989), con el 5.9% de aumento del PIB promedio, y el cuarto, señalado en este ensayo como de apertura, como ya se indicó, de 1991 a 2014 que tuvo un crecimiento económico del 6.4% anual promedio.

Las cifras de este último periodo de apertura, si bien todavía están lejos del 10 % de incremento anual promedio que registró China de 1979 a 2013, empiezan a configurar un proyecto de confianza, interno y externo, que deberá confirmarse en el marco de lo que India es y puede ser. Una India que le conteste a un mundo global todavía escéptico, si es realmente una nación moderna o si sigue siendo un país con innumerables arcaísmos.

La pregunta no es menor ante la llegada al poder de Narendra Modi el 26 de mayo de 2014, el cual se ha destacado por ser uno de los miembros radicales del partido hinduista Bharatiya Janata Party (BJP), actualmente en el poder, el cual desde sus inicios ha tenido como principal objetivo convertir a la India en una “nación hindú” en contra de la realidad pluriétnica y multireligiosa del país; postura que sigue presentándose como un tema central no resuelto que a lo largo de su historia le ha causado a la India un sinnúmero de problemas y conflictos, como por ejemplo, el de las revueltas que precedieron a su independencia en 1947, donde se estima murieron un millón de personas aproximadamente entre hinduistas y musulmanes. Sobre el tema también vale la pena recordar que el asesino de Gandhi (N. Godse, 1948) era un militante hinduista colaborador de V.D. Savarkar, una brahmán distinguido promotor de un nacionalismo hinduista ardiente y violento, cuyas ideas han sido piedra angular de la doctrina del BJP desde la fecha de su última versión política en 1980; movimiento al que se le ha involucrado con diversos atentados, como la demolición de una mezquita en 1992 en la Cd. de Ayodhy, en el estado de Uttar Pradesh, por razones de índole religioso-político, lo cual ocasionó diversos motines donde fallecieron más de 1500 personas, en su mayoría musulmanes. O en 2001-2002, donde se le hicieron recriminaciones directas al ahora Primer Ministro Modi por no haber impedido como Jefe del Ejecutivo del estado de Gujarat que los disturbios contra la población musulmana dejara un saldo de más de 1000 muertos, que en su mayoría también eran musulmanes. Todo lo anterior no es más que una pequeña muestra de la vigencia de una confrontación milenaria, muchas veces violenta, que han venido escenificado los diferentes actores religiosos-políticos de la India, de manera especial la población mayoritaria (80%) que enarbola la filiación hinduista por un lado, y por el otro, el grupo perteneciente al Islam, que aunque

minoritario (13%), representa alrededor de 170 millones de personas. Respecto a lo anterior no es ocioso recordar también desde esta perspectiva, que en 1984 la Primer Ministro Indira Gandhi sufrió un magnicidio de naturaleza política-religiosa a manos de su propia escolta formada por miembros del movimiento Sijh; y en 1991 su hijo Rajiv Gandhi, en campaña política, fue ultimado por un grupo político-religioso perteneciente a los Tigres de la Liberación de Tamil Eelam (LTTE).

Cuadro 1
Población por Religión



Fuente: India Census, 2011.

El tema religioso es uno de los principales retos a resolver por la India del siglo XXI, el cual ha venido arrastrando por cerca de cuatro milenios, que al mismo tiempo que ha enriquecido su bagaje cultural, también le ha impedido integrarse como una nación con identidad propia. La religión en India sigue siendo una asignatura pendiente y uno de sus problemas sociales y políticos más importantes.

Desde sus orígenes la India se ha significado por registrar un sinnúmero de pensamientos religiosos que siguen siendo parte de su realidad actual. Las oleadas indoeuropeas (aryas) que la habitaron en 1500 a. C. ya traían consigo las influencias escritas que darían vida a los libros sagrados de los Vedas, los cuales constituyen el sustrato filosófico más importante de lo que hoy se conoce como hinduismo. Pero también junto con estas creencias, la India fue la cuna de una de las corrientes más fuertes del pensamiento espiritual que es el Budismo, el cual nace en la India antigua (ahora Nepal) en el siglo VI a.C. y se continúa por 1,000 años aproximadamente hasta casi su extinción en terri-

torio indio; aunque en la actualidad esta corriente goza de buena salud en Japón, Corea, Tailandia, China y en general en Asia del este. De igual modo hoy todavía se practica en la India la religión Jainista, que es una rama derivada del budismo, con más de 2,000 años de antigüedad; aunque también registró importantes asentamientos del judaísmo (175 a.C.), del cristianismo (IV d.C.), de los parsis (VI d.C.), del escepticismo (III a.C.), de los agnósticos (I a.C.) ateos, etc. De manera especial, desde el siglo VIII d.C., la India recibe también las primeras influencias de la religión musulmana, las cuales se intensifican con las primeras invasiones en el siglo XI, para después crecer y difundirse durante la hegemonía de la dominación mogola, de manera particular durante el reinado de Babur en 1526, hasta la caída de Aurangzeb en 1707, aunque su influencia directa se extiende por casi mil años (VIII a.C. XVIII) con todas las consecuencias que prevalecen hasta la fecha, donde cerca de 170 millones de indios profesan esta religión; una cifra superior a cualquier otro país árabe salvo Indonesia, que registra 210 millones de seguidores.

La India es hoy un país poliédrico, integrado de múltiples caras dibujadas por el trazo de diferentes pensamientos religiosos, que en lo espiritual no acaban de tolerarse mutuamente y en lo político, a pesar de sus múltiples esfuerzos de lograr un laicismo público, resulta evidente que no lo ha conseguido ante el objetivo del BJP, en el siglo XXI, de instaurar una “nación hindú” y no una nación india, excluyendo de ese nacionalismo la visión, los sentimientos y las creencias de la población musulmana en particular y de las otras religiones en general.

La religión hindú, nos comenta Paz, *“es un conglomerado de creencias y mitos; aunque carece de misioneros, son inmensos sus poderes de asimilación. No conoce la conversión, en el sentido cristiano y musulmán, pero practica con éxito la absorción. Como una inmensa boa metafísica, la religión hindú digiere lenta e implacablemente culturas, dioses, lenguas y creencias extrañas”* (Paz, 1995, pág. 65). Por su parte, Amartya Sen agrega: “En realidad, la visión del hinduismo como una religión unificada es un hecho relativamente reciente. Por tradición, el término “hindú” se utilizaba sobre todo como un significante de lugar y país, y no de una creencia religiosa homogénea. La palabra deriva del río Indo o “Shindú” (la cuna de la civilización del valle del Indo que floreció aproximadamente a partir de 3,000 a. C.), y el nombre de ese río es también la fuente de la propia palabra “India”.” (Sen, 2007, pág. 368). Sin embargo, en la expropiación que ha hecho el BJP del término desde sus primeros antecedentes políticos en 1925 que nace como una fuerza ultranacionalista, se apodera del vocablo y redibuja la historia del país a modo, a fin de monopolizar una herencia de todos y construir una semántica con fines religiosos y políticos más allá de una India laica y argumentativa; donde el pueblo originario es el “hinduista”; la religión única la emanada de los Vedas y su “escolástica”, y su lenguaje el hindi.

En el debate hoy vigente del ultranacionalismo védico como cuna original de la India, al preguntarse quienes fueron los primeros pobladores del país,

Lorenzen y Preciado apuntan “A mediados del segundo milenio antes de nuestra era, llegaron al noroeste de la India, en territorio del actual Pakistán, varias tribus de pastores nómadas que se denominaban a sí mismo arios (arya). Llegaron a la India procedentes de Afganistán y el norte de Irán, pero se cree que muchos siglos antes sus antepasados habrían iniciado su largo peregrinar desde algún punto entre el Asia central y la Europa oriental”- agregando sobre lo anterior que- “Al llegar los indoeuropeos a la India, y al traer consigo una religión formada cuyas características no es posible conocer plenamente. Es probable que fuera una religión donde se divinizaron las fuerzas y los fenómenos de la naturaleza. Traen consigo también algunos himnos religiosos que, con el tiempo, llegarán a formar la base del corpus de literatura sagrada de los indoarios: el Veda”. (Lorenzen & Preciado pag. 23-24). De lo anterior se desprende (Embree, Wilhem, Preciado, Lorenzen, etc.) que las inmigraciones indoeuropeas siempre han jugado un papel preponderante en la matriz védica-hinduista del país, la cual fue compuesta por corrientes exógenas que fueron tomando carta de naturalización a través de los siglos.

Dentro de esta línea de enaltecer un origen puro y autóctono como piedra filosofal de la nueva Nación “Hindú”, con un componente religioso y cultural de exclusión para el resto de los grupos religiosos del país, la posición del movimiento hinduista pasa por alto los importantes antecedentes de laicismo y tolerancia que la propia argumentación India construyó como un adelanto al desarrollo de la humanidad; como por ejemplo el Rey budista Asoká, en la época Maurya (320-185 a.c.), y el Rey musulmán Akbar de la dinastía Mogola (1556-1605d.c.), quienes de manera adelantada a su tiempo y en el marco de dos de las tres integraciones más avanzadas que logró la India como nación a través de su historia (la tercera fue el reinado Gupta de 300-500 d.c.), el primero habla de la necesidad de la tolerancia y de las ventajas de la heterodoxia del pensamiento religioso; y el segundo, Akbar, incluso yendo más allá estableció durante su reinado las bondades no sólo de la tolerancia religiosa, sino de la necesidad de la separación del Estado con las diferentes creencias religiosas como lo regula hoy la propia Constitución de la India.

De cara al posible posicionamiento del país como un actor relevante en la primera mitad del siglo XXI, su unidad política como una nación moderna donde habiten todos sus ciudadanos, con un Estado de Derecho laico donde se respeten las diversas formas de pensamiento religioso, será una condición *si-ne qua non* para que pueda lograrlo. Forzar una idea desde el poder de la política o la demografía que vaya en contra de su composición histórica, será un motivo poderoso que puede desbancar o detener los simplistas pronósticos de O’Neill. No cabe duda que los importantes antecedentes de laicismo religioso de Asoká y de Akbar han sido argumentos relevantes en la construcción del actual Estado de Derecho de la India. Sin embargo, también es cierto que a pesar de los dos milenios transcurridos en el caso del primero y de cinco siglos en el del segundo, sus postulados no se han traducido en una cotidianidad social que haya retirado el tema de la agenda política de la India. Desde luego

que hay un avance notable al respecto, pero que desde el partido y del Primer Ministro en el poder se gestione todavía por una “Nación Hindú”, nos habla de un tema no resuelto ni en la cúpula política ni en la mayoría de la población, ya sea hinduista o musulmana; incluso Sijh o Jainista, etc.

En el marco de los países BRIC, en su componente asiático, ni Rusia ni China enfrentan en la actualidad este reto de integración tanto cultural como religioso, a los niveles que presenta India. En el caso de Rusia, a pesar de guardar también una conformación multiétnica al ser un país bisagra entre regiones y culturas, desde su encuentro en 988 d. c. con la cultura bizantina y la iglesia ortodoxa, el ex país soviético definió tanto su identidad como las creencias religiosas que mayoritariamente explican hasta ahora su nacionalismo, sin que sus 70 años de comunismo hayan sido un refulgente que haya inquietado a la fecha el sentimiento colectivo de unidad de la “madre Rusia”. En cuanto a China, el laicismo de la filosofía nativa de Confucio, Lao Tse y Mencio (600 a 300 a. c.), junto con el budismo agnóstico abrevado de la India hace más dos mil años, definieron desde un principio a una nación de mayoría laica y de etnia Han, centrada en un poder político y económico, que el pensamiento Maoista no vino más que a ratificar; por lo que a pesar de que Rusia, China e India son civilizaciones asiáticas, sólo India presenta un fuerte debate sobre Nacionalismo-Estado y Religión, como una debilidad estructural que está en espera de mejores argumentos del país del árbol de las manzanas y de las rosas (nombre original de la India, Embree, Wilhelm, 2004).

IV. Casta y Pobreza: un nudo gordiano

Sobre la pobreza actual de la India comenta Nayak “A pesar de más de sus seis décadas de crecimiento económico planeado, más de un tercio de la población de la India permanece absolutamente pobre, con un ingreso per cápita de menos de 1.25 dls. por día. El nivel de aprendizaje de la educación en la India está todavía por debajo de la media. El gasto de salud pública es solamente del 1.2 por ciento del PIB donde el promedio mundial se ubicó en el 6.5 por ciento”. “Aproximadamente la mitad de los niños entre 0 y 5 años de edad están malnutridos. Las condiciones sanitarias son terribles. Aproximadamente el 50 por ciento de la población de la India defeca al aire libre.”. “En el año 2012 el lugar de la India en la lista del índice de desarrollo humano fue de 136 de 186 países”. Respecto a lo anterior el propio profesor Nayak profundiza con base a un informe de 2008 emitido por la Comisión Nacional para Empresas en el Sector No Organizado (NCEUS), que el 92 por ciento de la población económicamente activa de la India está ocupada en el sector informal, y que estableciendo un parámetro de 40 centavos al día como límite, debajo del cual una persona sería reconocida como pobre, que el 76% de la población de la India tendría este nivel; lo cual sería “... sustancialmente mayor que la cifra de pobreza calculada por la Comisión de

ARTURO OROPEZA GARCÍA

Planeación, la cual situó el porcentaje en aproximadamente el 36 por ciento de la población” (Nayak, 2015). En cualquiera de los escenarios que nos brinda este autor, las cifras de pobreza de la India resultan enormes, en razón a los cientos de millones de habitantes que involucra.

La pobreza en el país asiático, sobre todo a partir de los tres últimos siglos, es un tema que se ha convertido en un mal endémico cuya profundización ha estado atentando contra la viabilidad misma del sistema y desde luego cuestiona las tendencias del análisis macroeconómico BRIC que la dibuja como una nación ganadora del siglo XXI. La enorme pobreza de la India no es un dato nuevo. Junto con la indigencia de China en los siglos XIX y XX, son parte de la memoria más cercana que Occidente ha conservado de estas dos naciones, lo cual ha sido su mayor obstáculo para hacer un análisis puntual de sus nuevos atributos del siglo XXI. Sin embargo, así como todavía hay un recuerdo de las hambrunas chinas de los setenta que originaron cerca de 30 millones de muertos, Occidente tampoco ha olvidado las hambrunas y epidemias de la India de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX; o la hambruna de Bengala en 1943, que dejó a su paso la muerte de millones de indios. Como un claro ejemplo de lo anterior, utilizando datos de Maddison, Sachs apunta “... la India no experimentó ningún crecimiento per cápita entre 1600 y 1870” (Sachs, 2006, pág. 255); o sea, que por cerca de tres siglos la situación económica del pueblo indio sufrió una degradación atroz.

Como ya se señaló, la pobreza no es una característica atribuible únicamente a la India. China en el siglo XX también enfrentó periodos de grave escasez de alimentos que colapsaron su demografía. Rusia incluso en la década de los noventa del siglo pasado vio subir sus niveles de pobreza a cerca del 60% a pesar de haber sido un hegemon hasta 1991. Pero la diferencia de la India con los otros países BRIC es que su miseria está muy ligada a una fórmula perversa del país significada por la Clase y la Casta, donde si se pertenece a una clase baja y a una casta inferior, se está condenado desde el nacimiento a una vida miserable, con casi nulas posibilidades de remontar este destino; peor aún si se es mujer.

La casta es una figura particular de la India que se remonta a sus orígenes Védicos y cuya trama y funcionamiento le resultan de difícil entendimiento no sólo al observador occidental, sino a los propios indios. Sobre el tema comenta Pániker “No existe cuestión acerca de la India más compleja y controvertida que la del llamado “sistema de castas”. El “sistema” ha sido criticado hasta la saciedad y ensalzado —aunque menos— hasta el paroxismo. Pero, a pesar de la importancia que todo el mundo le concede, el tópico es poco conocido y hasta diría que mal entendido por el gran público; incluso por bastantes indianistas” (Pániker, 2014, pág. 7). El punto es que en la India de hoy, en la India BRIC, una organización que nace hace más de tres milenios y medio y que podría ser motivo de estudios históricos, religiosos o antropológicos, por su incidencia en la realidad que prevalece hoy en el país, se convierte en una categoría determinante para solventar su desarrollo económico y sus lacerantes niveles de pobreza y desigualdad.

Partiendo de la opinión de los propios expertos indios, Nayak opina sobre el sistema de castas que “En la sociedad hindú, la casta de uno está determinada al nacer y es inmutable. Éste es el mayor impedimento para cualquier noción de verdadera igualdad que aspira lograr cualquier república democrática moderna. Con una intervención pública cuidadosa uno puede propiciar la igualdad sustancial del ingreso, pero no es posible que el hijo de un padre shudrá sea otra cosa que un shudrá” (Nayak, 2015). Para Banerjee “... la casta y la discriminación social basada en la casta sigue siendo el criterio principal” (Banerjee, 2011, pág. 257) de la pobreza y atraso social de la India.

A la fecha, en pleno siglo XXI, la India presenta una estructura social que la ha determinado los últimos cuatro milenios, cuyo funcionamiento explica muchos de sus valores diferenciales, al propio tiempo que la mayoría de sus rezagos sociales. Pániker nos explica que “Durante la época védica, entre el -1500 y el -500, se fue configurando el sistema de clases rituales (varnas) con el soporte ideológico del Purusa-sukta, que puede fecharse hacia el -1000. Es probable que este esquema religioso se hubiera superpuesto a una estructura social segmentada en grupos endogámicos (Jatis), quizá surgidos de linajes tribales. Para Irawati Karve, el sistema de castas sería el resultado de la “fusión de dos sistemas, de dos culturas”, el de las Jatis prearias y el de los Varnas de los indoeuropeos” (Pániker, 2014, pág. 389).

El sistema de castas, a diferencia de otros esquemas sociales en el mundo, nos conduce inexorablemente a un origen religioso, a un orden cósmico que da sustento a todo un edificio social que ha permanecido casi inmutable a lo largo del tiempo. De ahí que como dice Ghurye, cualquier intento de definir la casta está “...destinada al fracaso debido a la complejidad del fenómeno” (Pániker, 2014). Desde luego este no es el lugar para profundizar sobre un tema tan complejo, pero para el observador occidental que intenta entender las fortalezas y debilidades de la India-BRIC, resulta indispensable asomarse a este tejido social compuesto de 4,000 a 5,000 castas (2011), que como un gran panal está lleno de entradas y salidas de difícil entendimiento. A descubrir su origen divino-cósmico ancestral, el cual le ha dotado de una argumentación suficiente a millones de millones de indios para soportar un determinismo de vida dependiendo de la suerte que les haya tocado al nacer. De privilegio, si nace Brahama o Brahama; de olgada suficiencia si le tocó por suerte nacer chatría (guerrero); de acomodo si es vaia (mercader); de sufrimiento económico, social y político si deviene en sudra (campesino, obrero chofer, etc.); o peor aún, si le toca la miserable suerte de nacer dalit, o sea, intocable. Esta clasificación que se basa en una idea de sanción religiosa, ha gozado de una sorprendente solidez, con pequeños cambios y adecuaciones, gracias a que el sustrato “divino-cósmico” en el que descansa que es el de la reencarnación, lo mismo justifica bajo una lógica de fé el privilegio del brahama, del chatría y del vaia, por haber nacido ya varias veces; como el determinismo de clase inferior del sudra o del dalit a lo largo de su vida terrenal por haber nacido sólo una vez; situación que sólo puede cambiar en vida, a través de un buen comportamiento, y con su muerte, a través de su próxima reencarnación.

“El nacimiento (jāti) —dice Pániker— es la primera característica, y la más evidente, de la casta. Se nace en una determinada casta porque se es hijo o hija de padre y madre de la misma o muy parecida casta”. “Uno nace en una y sólo una jāti. La jāti se hereda y es de por vida. No se elige. Tampoco se mide— como la clase social— por baremos económicos” (Pániker, 2014, p 33.)

Este determinismo o destino social, que resulta inaceptable por lo menos en una imaginaria del mundo occidental, hoy todavía goza de gran vigencia en la India moderna, derivado en esencia por su simiente religiosa que opera como un justificador suficiente para aceptar una miseria de por vida sin sobresaltos. En la India argumentativa, a esta premisa religiosa se le quiere poner en un segundo plano, donde el poder económico o político la desplazarían como punto central de la pobreza y la desigualdad. Sin embargo, a pesar de que la opresión es y ha sido un elemento relevante en la lógica de la explotación humana, resulta claro a la luz de la realidad social de la India, que han sido sus creencias religiosas multiplicadas al infinito en términos de dioses, lenguas, ritos, dietas, jerarquía, geografía, costumbres, ética, ocupación, familia, etc., las que han creado un hábitat personal socialmente aceptado (casta), del cual sólo puede salirse para mejorar a través de la muerte. De ahí que los principales disturbios y revueltas de la India del último siglo, donde han muerto miles de personas, han sido principalmente por razones religiosas y no por reivindicaciones sociales.

La casta para Manor es “la institución social más duradera y resistente de Asia y quizá del mundo”. Para Max Weber “es la institución fundamental del hinduismo; sin casta no hay hindú”. Para Myrdal la casta es la causa por la que la India “permanece estática, prolongando hasta el presente una existencia natural y vegetativa”. Karl Marx, también ocupado en el tema señaló que las castas eran “impedimentos decisivos para el progreso de la India”. (Pániker, 2015, pp 8-12). Octavio Paz, durante los cerca de siete años que tuvo la oportunidad de vivir en la India a través de sus misiones diplomáticas, entre los temas que más le llamaron la atención fue la figura de la casta, de la cual indicó que “el signo distintivo de la casta era una noción religiosa, no económica ni política”, a diferencia del argumento moderno hindú que trata de priorizar su naturaleza política, económica o social, lo cual desde luego resulta relevante dentro de la explicación de sustentabilidad y futuro de la propia casta en el diálogo global del siglo XXI entre Oriente y Occidente. Al respecto insiste Paz al señalar que “Las castas también son elementos del sistema jerárquico hindú pero el funcionamiento de ese orden no es el poder ni el dinero, sino una noción religiosa: la pureza y la impureza”. De ahí su determinismo y la dificultad de incorporarla a un esquema nacional moderno de esfuerzo común. Por ello, agrega Paz, “La casta es lo contrario de nuestras clases y asociaciones, formadas por individuos. En ella la realidad primordial es la colectiva. No es un conglomerado de individuos sino un círculo de familias. Pero un círculo que encierra al individuo: se nace, se vive y se muere en una casta”. Derivado de lo anterior, Paz cierra su observación afirmando que “Las castas no fueron inventadas para cambiar sino para perdurar. Y han per-

durado. Es un modelo de organización social pensado para una sociedad estática. Los cambios sociales lo desnaturalizan” (Paz, 1995, pags. 69-72).

La exuberante cultura hindú, con su frondoso ramaje de religiones, de manera concomitante a su sistema de castas, son dos de los ejes más importantes que explican la realidad de la India de hoy y de ayer, pero al mismo son dos de los principales obstáculos para entender a la India del presente milenio. Sin embargo, lo que es importante destacar para los fines de este trabajo, es que al hablar del 30% de pobreza en India (375 millones), su cifra oficial, o del 70% (875 millones) como sugiere Nayak con fundamento en estudios empíricos de campo, no sólo estamos hablando de poblaciones que viven con menos de 1.50 de dólares o 0.40 centavos de dólar al día, sino que también estamos hablando principalmente de “dalits” y “de sudras”, o sea, de las castas inferiores de la India, cuya indigencia la consideran un destino karmico que sólo se resolverá ante su segundo nacimiento y no ante una acción personal, familiar o de una política pública que mejore su opresión económica. Su destino es cósmico y su estatus económico y social se basa en la pureza e impureza de su karma, por lo que conllevan su realidad económica a través de la posición de su familia, del oficio que les tocó ejercer y en el lugar que les tocó vivir. Su nación es su familia, su país es su casta, su universo es su “sistema de castas”; de ahí su falta de empatía con el individualismo y el concepto moderno occidental de sociedad y de nación.

Desde luego que las castas de hoy han sufrido mutaciones y el elemento urbano y occidental, entre otros, bombardean de manera sistemática su naturaleza original. A pesar de ello, a lo largo de cuatro milenios las castas han probado su fortaleza al no asimilarse o mezclarse con casi mil años de convivencia y dominio musulmán; así como con más de tres siglos de influencia y hegemonía cristiano-británica. El reto de la India-BRIC, en el marco de sus profundas líneas de pobreza, será transformar la probada solidez de sus castas en un elemento de fortaleza y no de debilidad. Desde el inicio de su independencia la India se esfuerza en ello a través de medidas jurídicas, sociales y la llamada “discriminación positiva”, a través de la cual se guardan posiciones de privilegio para las castas inferiores tanto en el área educativa como en la política. La India-BRIC deberá esforzarse más en este empeño porque “Las castas están todavía presentes; la intocabilidad –aunque ilegal- sigue efectiva; hay partidos políticos que defienden los intereses de castas determinadas; etcétera. La sociedad de castas es una realidad de la India contemporánea. Y una mucho más inasible y adaptativa de lo que se suponía” (Pániker, 2014, pág. 8)

V. India-China, o el baile de los gigantes

La relación entre China e India es un tema de larga data que se remonta al origen de las dos naciones. Su ubicación geográfica y su vecindad las han hecho

que se conozcan desde siempre: que convivan, que aprendan una de otra, que compitan e incluso que hayan tenido encuentros beligerantes. Junto con la musulmana, la japonesa y la rusa, las civilizaciones China e India integran en el continente asiático a cinco de las siete civilizaciones que hoy se reconocen en el mundo (Huntington, 2001), subrayando con la fuerza de sus números y la exuberancia de sus culturas, la significancia que ha tenido el continente asiático en la historia de la humanidad. Dentro de este abanico de ofertas civilizatorias, China e India han destacado desde la antigüedad por sus amplios territorios, como por el peso de sus demografías, así como por sus vastas ofertas culturales.

La India, por su lado, es una larga historia de encuentros y desencuentros donde un subcontinente lleno de riquezas ha batallado en todo momento por encontrar una identidad común y una integración geográfica que le diera fortaleza frente a los otros pueblos que siempre intentaron conquistarla. La primera, la identidad común, es un tema pendiente que no logra consolidarse a la fecha. Y la segunda, la integración geográfica, después de cerca de cuatro milenios se vino a cristalizar de manera definitiva hasta 1947, fecha en la que el país se independiza del Imperio Británico, con el gran costo de perder el territorio y la población de Pakistán, la cual se dividió con posterioridad con Bangladesh en 1971.

La India junto con Occidente, todavía batalla en el rescate de sus orígenes porque de acuerdo a su naturaleza y a su percepción sobre el tiempo, la historiografía no ha estado en sus prioridades. Ya en el año 1000 d.C., un historiador árabe que se quejaba de esta falta de información decía que “Por desgracia los indios no dan mucha importancia al curso histórico de los acontecimientos; son muy descuidados en la enumeración cronológica de sus reyes y, cuando se les insta a alguna aclaración y no saben que decir, están en seguida dispuestos a contar cuentos” (Embree & Wilhem, India, 2004).

La historia india nace con su nombre, a las orillas del río Indo donde en sus riveras se dan tanto sus antecedentes prearios (Harappa, Mohenjo Daro, etc.) con más de 4,000 años de antigüedad, así como las inmigraciones indoeuropeas o arias (-3,500 años), que fueron la fuente principal de las diferentes culturas que florecieron en la India. Este hecho sobre el origen del pueblo indio sigue siendo un tema de discusión política para determinar la pureza y la autenticidad de una mayoría de la población “hindú”, que sigue reclamando una individualidad sin adjetivos, de espaldas a un tiempo que se significó por la riqueza etnográfica de todos los actores que participaron en la composición del *ethnos* indio como la civilización musulmana. Como se señaló anteriormente, la historia de la India no resulta una fácil asignatura para Occidente. En esta línea infinita de reinos que triunfan y reinos que caen, aparecen en el horizonte de más de dos milenios y medio las dinastías Maurya, Gupta y Mogola, como los intentos más exitosos de integrar el subcontinente indio bajo un solo mando, como una unidad política; aunque de hecho nunca se concretó del todo y por otro lado los esfuerzos que se hicieron para lograrlo, en tiempos históricos, fueron efímeros. El reinado Maurya, por ejemplo, que destaca por haber contado con uno de los líderes más reconocidos de la historia India, que

es el rey Asoká (268 a.c.), registró un periodo de 137 años. El imperio Gupta, a través de todos los reyes que lo representaron tuvo una hegemonía aproximada de 180 años. El tercero de ellos, el Imperio Mogol, de origen musulmán, si se toma a partir del reinado de Babu (1526 d.c.) hasta la caída de Aurangzeb (1707 d. c.) que realmente es el tiempo de su dominio y esplendor (su desintegración se va dando a lo largo del siglo XVIII) nos arrojaría un imperio de 181 años. El otro factor de integración se da a través de la presencia inglesa, que desde el año de 1600, a través del decreto que autoriza la instalación de la Compañía Británica de la Indias Orientales (CBIO), poco a poco fue escalando su presencia en la India hasta dominarla totalmente. Ya para 1689 la Compañía era casi un Estado dentro de India, con ejército propio y control de zonas geográficas. Dado su desbordado crecimiento y las condiciones anárquicas prevalecientes, en 1858 la CBIO fue substituida por un Virreinato que declaró a la India Colonia Británica. O sea, que la integración geográfica de la India, de igual modo que la etnográfica, religiosa, política o cultural, siempre han sido temas pendientes que han perdurado hasta nuestros días a manera de un diálogo ríspido, que a veces se torna violento, entre la población hindú y la musulmana, o con las otras etnias o religiones. De manera importante, esta pulverización también se multiplica de manera interna entre la población hindú, a través de todos los colores del amplio kaleidoscopio de religiones, costumbres, sectas, clases, dioses, lenguas etc., en que se dividen las intrincadas ramas del árbol de la cultura hindú.

En el marco de los análisis sobre los países BRIC, suele equipararse con cierta facilidad la trayectoria de la India y de China, por ser dos países de demografía robusta de origen asiático, pero en esta línea de salida, a pesar de su vecindad y de su milenarismo histórico, las rutas de los dos países se abren desde su nacimiento en una bifurcación que los separa de temas tan sensibles como unidad política, religión, lenguaje, integración etc., que los define por un lado y que por el otro les genera tanto fortalezas como debilidades diferentes en el siglo XXI.

“En el siglo IV a. c., -señala Pirenne – fue también del Asia oriental de donde partió la corriente del imperialismo monárquico y realismo político que, atravesando el continente asiático, preside en la India la fundación del imperio de los maurías, y en China la de la monarquía de los Chin” (Pirenne, 1979). Sin embargo, como se apuntó con anterioridad, en el caso de la India, el reinado Maurya duró sólo 137 años y después se rompió la integración alcanzada en múltiples reinos hasta casi 500 años después que la dinastía Gupta logra otra integración importante del país. Después de la Gupta para que llegara el reinado Mogol, el más importante de los tres con su monarca Akbar, tuvieron que transcurrir casi mil años, lo cual nos dice que la India a lo largo de su historia y hasta su independencia no logro tener una unidad política sustentable, mucho menos una unidad como nación. La mayoría de sus reinados vivían hacia adentro en una unidad de familia, casta, clase y reino que les impedía asimilarse con otras tendencias. El caso chino es diferente. Desde 221 a.C., que llega al poder el emperador Chin-Che-Huang, unifica diferentes rei-

nos y fija los cimientos de una administración central que acaba con los señorios feudales, lo cual se consolida en 210 a. C. con la supremacía de la etnia de los Han, los cuales, aunque con muchas vicisitudes y algunas interrupciones, han manejado el poder en China hasta nuestros días, donde el 90% de la población registra este origen etnográfico; o sea, mientras que la India logra hasta 1947 una unidad geográfica y un principio de nación, con el costo de cerca de un millón de muertos que se dio en ese momento ante la división de Pakistán, China lleva dos milenios de trabajar en una unidad común y en un concepto de nación que le ha funcionado a pesar de las invasiones de los hunos, mongoles, manchúes, etc., con las que no tuvo problemas para asimilarlas finalmente a su cultura y poder político sin perder el sello de nación.

Otro elemento importante que distingue a la India y a China es el componente religioso. Como ya se comentó, la India ha sido y es un crisol espiritual donde se han practicado un sin número de religiones y ritos, entre los que destacan de manera relevante los cuatro libros del veda y los dos poemas épicos del Ramayana y el Mahabharata, como piedras filosofales del hinduismo. También ha sido cuna de religiones tan importantes como el Budismo, Jainismo, la corriente Sijh, etc.; con el agregado de que al volverse la religión hindú un culto de castas, cada una de ellas, más las familias que las conforman, multiplican al infinito los dioses, los mitos y las creencias de estas religiones. Aunado a lo anterior, a la múltiple riqueza de imágenes y credos, durante 1000 años el país también ha sido un ferviente practicante de la religión monoteísta del dios sin rostro (musulmana), con una liturgia, evangelio y simbología totalmente diferentes a la hindú. China por su parte, ha sido un país que desde mediados del milenio antes de Cristo, encontró a través de la ética de Confucio (551 a. C.) el daoismo de Lao-Tsé (siglo IV a.C.) y las enseñanzas de Mencio (372 a. C.) entre otros, cada uno en su tiempo y circunstancia, un camino de desarrollo espiritual a través de una ética del deber ser que responde más a un estado natural de las cosas que a un designio o favor divino. Desde luego China también tuvo su incursión con los favores del “cielo”, pero como apunta Botton, “En china, más temprano que en otras culturas, hubo una separación de los ámbitos humano y divino” (Botton, 2000, pag. 81). El budismo, a pesar de una fuerte presencia en China hasta el siglo IX d. C., en su parte moral del actuar justo, pensar justo, dar justo, acción justa, palabra justa, esfuerzo justo, etc., se sumo inicialmente a la fuerza del confucionismo; pero con el tiempo vio disminuida su presencia, entre otras causas, a la persecución del Emperador Wuzong (841-846). Las limitaciones a la religión que aplicó el Partido Comunista Chino (PCC) a partir de 1949, no fueron más que la ratificación de una idiosincrasia agnóstica espiritual “con características chinas”, que tiene 2000 años de practicarse con sus diversas adecuaciones por la mayoría del pueblo chino. De este modo, la India tiene un 80.5% de población que practica la religión hindú, con todo el contenido ya explicado; un 13.4% de practicantes musulmanes y el resto son cristianos (2.3%), sijhs (1.9%) y budistas sólo el 0.8%. En cuanto a China, más del cuarenta por ciento de su

población se considera agnóstica o atea (42%); las religiones tradicionales ocupan el 30%, el budismo 18%, el cristianismo 4%, las religiones étnicas minoritarias 4%, el islamismo 2%, etc. Aunado a lo anterior, como un elemento más de cohesión nacional en China, de los 1.35 billones de habitantes, 1.2 billones hablan mandarín; en el caso de la India, sólo el 41% habla el hindi, el cual es una de las 24 lenguas oficiales que establece la constitución de la India, además de otras 179 lenguas y 544 dialectos que se practican en el país.

La relación entre China e India, como ya se expresó, es ancestral. Hay evidencias de su contacto y comercio desde el siglo VIII a. C.. Son famosas las peregrinaciones de los monjes budistas chinos como Faxian, Yi Jing o Xuanzang, cuyas traducciones del sanscrito al chino enriquecieron el saber budista. El intercambio cultural y político fue también un *bench mark* para los dos países. Pero no cabe duda que después de dos milenios la identidad nacional y el destino común como motores del desarrollo por venir, son un proyecto más acabado en China que India, lo cual es un activo diferencial importante a tomar en cuenta dentro del análisis de los países BRIC.

Su historia económica o la relatoría de dos gigantes

En el marco del cambio de una era del Atlántico hacia una era del Pacífico, la historia económica de la humanidad tendría que tener en cuenta la importancia que han registrado la India y China en este rubro, de manera especial, desde el inicio de estos dos últimos milenios hasta la mitad del siglo XIX, donde aparece que los dos gigantes asiáticos han compartido la hegemonía económica del mundo durante el 92% del tiempo moderno. Esta cifra resulta avasallante, aunque en la prisa de estos últimos dos siglos de predominio económico occidental, tanto inglés como norteamericano, hubo una tendencia general al olvido.

Tabla 1
Participación en el PIB Mundial
(Miles de millones de dólares)

País	Año								
	1	1000	1500	1820	1850	1870	1913	1950	2008
India	33.8	33.8	60.5	111.4	125.7	134.9	204.2	222.2	3415
China	26.8	27.5	61.8	228.6	247.2	189.7	241.4	245.0	8908
Occidente	14.4	10.9	44.2	158.9	260.3	366.2	902.1	1396	8698
EE.UU.	—	—	—	12.5	42.6	98.4	517.4	1455	9485

Fuente: Emilio Ontiveros/ Mauro F Guillén 2012

En esta relevancia histórica de lo económico, destaca el papel jugado por India, la cual aparece con la hegemonía económica del mundo durante cerca de mil años (1-1000 años d. c.). Los siguientes quinientos años comparte con China este predominio, mismo que empieza a desvanecerse a partir del siglo XVII, para caer en el siglo XIX. En la actualidad la importancia económica de la India representa tan solo un 10% del PIB norteamericano y un 20% aproximadamente del PIB chino (2013, BM). Al respecto comentan Ontiveros y Guillén que “Resulta trascendente recordar que India fue la economía más grande del mundo durante al menos 15 siglos (desde el año 1 d. c. hasta alrededor del año 1500)”, y que “China ocupó el puesto número uno durante tres siglos y medio (desde 1500 hasta 1840)” (Ontiveros & Guillén, 2012, pág. 148); lo cual rompe con la idea de un eurocentrismo omnipresente. Crespo también comenta sobre el tema que “La India era la mayor economía mundial a comienzos del siglo XVIII. Según algunos historiadores una cuarta parte del producto interno bruto mundial procedía de la India del imperio mogol. La segunda economía mundial era la China del Imperio Manchú. La India y China eran también gigantes demográficos, cada una con más de 100 millones de habitantes en esa época”. Al respecto abunda el mismo autor “La riqueza de la India y de China era el fruto de muchos siglos de desarrollo de las civilizaciones que habían surgido al borde del Ganges y del Río Amarillo, y de las más sofisticadas culturas y formas de vida que habían alcanzado sus habitantes. Sus ciudades y sus costumbres habían fascinado a los europeos, sus palacios y sus tesoros les habían deslumbrado, y sus sistemas de gobierno y sus ejércitos habían impuesto mucho respeto. Los europeos que llegaron a estas civilizaciones desde tiempos medievales eran bien conscientes de que se encontraban ante grandes civilizaciones, en algunos aspectos superiores a las suyas”. “Esta es la razón por la que los europeos, en un principio se aproximaron a la civilización india y china con mucha cautela y los métodos utilizados para colonizar las tierras donde habitaban iban a ser muy distintos a los demás” (MacLennan, 2012, pag. 186).

A India, igual que a China, les favorece la geografía. En primer lugar, los abundantes recursos naturales localizados en sus vastos territorios. Y en segundo término, la ubicación a distancia dentro de la conformación de un mundo antiguo que si bien encuentra sus primeras expresiones en la cuenca Sumeria y Mesopotámica muy cerca de India, se corre velozmente hacia el occidente empujando las hegemonías militares hacia Macedonia, Grecia, Roma, Cartago; o la deslinda hacia Egipto, Persia, etc. En ese sentido India forma parte desde su inicio del mundo antiguo, con las ventajas que de todo ello se deriva; pero al mismo tiempo, las condiciones de su localización, al igual que a China, la mantienen suficientemente alejada de las grandes luchas por las hegemonías militares de la época. Es cierto que India no se exime de esta amenaza a través del arribo de las primeras oleadas indoeuropeas/arias, que junto con sus poblaciones originales construyeron una sociedad védica que pervive hasta la fecha, pero ya cuando Alejandro Magno intentó su conquista en el 327 a. C., la distancia, más que la batalla; el agotamiento de los generales de Alejandro al sentirse tan lejos de Macedonia, hicieron que ésta fracasara.

ra. De igual modo Roma no intentó extender su brazo armado a estas naciones tan “distantes”. Desde luego, en el caso de la India, el microcosmos regional que la rodeaba desde su origen, a través del área central europea, las estepas rusas o sus múltiples vecinos del noroeste (Mitannis, Hunitas, Bactrios, Persas, Mongoles, etc.), definen su insustentable desarrollo político y militar; aunque en el marco de este desasosiego, lo que no pierde durante siglos es su hegemonía económica. Desde las conquistas de Asoká (268 a. c.), comenta Prirenne, “... la India pasó a ser el imperio más populoso y más rico de la tierra...”.

Enormes recursos naturales, producción agrícola, textiles, productos minerales, especies, etc., junto con su ubicación estratégica de ser el paso obligado del comercio entre los productos chinos de Asia del este con Asia menor y Europa (la Ruta de la Seda), fueron varios de los factores que determinaron la solvencia de la India. Su amplio territorio y sus variados climas, sus caudalosos ríos, su acceso al mar, fueron entre otros, las razones que mantuvieron la riqueza del país desde Azoká hasta Akbar, a pesar de las difíciles vicisitudes políticas que vivió desde su origen, que como ya se comentó, nunca le permitieron como a China construir una unidad política nacional permanente. China a través de la sustentabilidad de sus dinastías y reinos, e incluso a pesar de las invasiones como la Mongola, que funda la dinastía Yuan (s. XIII), y la Manchú que integra a la dinastía Qing (s. XVII), sus gobiernos guardan una vocación central, una organización provincial, excelencia administrativa, etc. No obstante, a pesar de su mayor cohesión política, religiosa y etnológica, China le fue a la zaga en términos económicos al “desarticulado” vecino del sur. Al final, las dos hegemonías a lo largo del tiempo se distinguen por su poderío económico; por contar con su activo demográfico que desde el siglo I de nuestra era les permitió tener los recursos humanos suficientes para generar una riqueza agrícola que dominó hasta la etapa preindustrial del siglo xv. Desde el siglo I, cuando Europa Occidental contaba con 25 millones de habitantes, India destacaba con 75 millones y China le seguía con 60 millones de personas. Lo mismo sucedió en los años 1000 y 1500 d. C., en los que India sigue manteniendo una población casi del doble que Europa y superior con 15 millones de habitantes promedio respecto a China.

Tabla 2
Población (millones)

Pais	Año								
	1	1000	1500	1820	1850	1870	1913	1950	2008
India	75	75	110	209	235	253	303	359	1,148
China	59.6	59	103	381	412	358	437	546	1,324
Occidente	25.1	25.6	57.3	133	166	187.5	261	305	401
EE.UU.	0.7	1.3	2	10	23.6	40.2	97.6	152	304

Fuente: Emilio Ontiveros/ Mauro F Guillén 2012

Los imperios no duran para siempre y la historia de la humanidad da cuenta de ello (Spengler, Toynbee, Huntintong, Kennedy, etc.). Durante 15 siglos aproximadamente la riqueza de Europa Occidental tan sólo representó el 30% del poderío económico de la India y de China. Sin embargo, los atisbos de este cambio, de este predominio civilizatorio asiático por uno europeo, se dan a finales del siglo XV. Son muchos los estudios y múltiples las razones que intentan explicar la caída económica de la India. El cambio en la importancia de los recursos naturales; el grado de integración política, económica y social; el nivel de desarrollo; la creación de mejores instituciones, etc.; pero la fecha que marca el inicio de su declive imperial en el segundo milenio, al igual que el de China, fue el 20 de mayo de 1498 cuando la flota de Vasco Da Gama logra llegar por primera vez a Calicut (Kozhicode) en el actual estado de Kerala, India, abriendo una ruta directa desde un puerto europeo (Portugal) al país asiático. Junto con Vasco Da Gama llega a Asia una superioridad preindustrial europea que poco a poco se fue posicionando en todos y cada uno de los antiguos reinos de la zona. De diferentes maneras, modos y velocidades, los portugueses, holandeses, españoles, ingleses, franceses, rusos, etc., fueron arribando a esa nueva geografía, que si bien ya tenía registros de contactos y de comercio con Occidente, sólo Alejandro Magno, casi dos milenios antes, había intentado un acercamiento con vocación y posibilidades de dominio. Después de Portugal, Inglaterra en 1612 instala su primer factoría en Surat, India y en 1668 los franceses. Portugueses, ingleses, holandeses y franceses, son los cuatro países que de manera principal abordan la conquista europea del subcontinente indio. No obstante, esta disputa por la hegemonía y los recursos de la India se define en 1757 en la batalla de Plassey, en Bengala Occidental, donde los ingleses derrotaron a los franceses en el marco de la Guerra de los Siete Años, que al mismo tiempo se escenificaba en suelo europeo (1756-1763), confinando los intereses franceses principalmente a la zona de indochina (Vietnam, Camboya, Laos, etc.).

China desde la misma época sufre los asedios europeos, aunque su encuentro con Occidente, como se sabe, se diferencia de manera importante en tiempo, forma y resultados respecto al encuentro indio. En 1513 los portugueses Rafael Perestrello en el sur de la costa China y Jorge Álvares en el norte, son los primeros en tocar la puerta china a través de la nueva ruta marítima. En 1517 Fernao Pires de Andrade, después de esperar durante cuatro años para que lo recibiera el emperador, fue encarcelado y ejecutado junto con su delegación. Finalmente y gracias a su persistencia los portugueses lograron instalarse en 1544 en Macao con tolerancia del emperador para fines comerciales. En 1628, China es invadida en el norte por cosacos rusos, a los que expulsa en 1685. A diferencia de India, a la que los europeos la encuentran dividida y desorganizada, el poder central chino representó una muralla inexpugnable a los intereses occidentales durante los primeros siglos de la “conquista”. Aunque en 1544, como ya se registro, se permite una estancia comercial portuguesa sumamente limitada y vigilada,

es sólo hasta 1840, o sea casi tres siglos después que India, que China permite a causa de su derrota militar en la Guerra del Opio y la firma del Tratado de Nanjing, que los ingleses tengan instalaciones comerciales dentro de su territorio y se queden con Hong Kong. A diferencia de India que se vence ante Occidente, China nunca lo hace y por el contrario, “China seguía convencida de ser el centro del mundo civilizado y de que el resto de los países estaban obligados a rendirle pleitesía. Ni el emperador ni miembro alguno de su corte opinaban que el comercio con Occidente podría traerles beneficios” (MacLennan, 2012, p 191).

La división política, religiosa y cultural, que no le permiten una unidad nacional, hacen de India una presa fácil del interés europeo. A través de la autorización de los diferentes reyes locales o del emperador mogol en turno, los ingleses fueron desplazando a sus competidores occidentales y apoderándose militar y políticamente de la India. “El hecho de que donde estuvieran los británicos reinara la paz y la prosperidad mientras que el caos se había apoderado del resto de la India, llevó al emperador mogol a ofrecer a Clive un acuerdo para que los británicos se hicieran cargo de la explotación y administración de lo que quedaba de su imperio, que abarca casi todo el norte de la India” (MacLennan, 2012, p 188). La India no fue exitosamente defendida ni por hindúes ni por mogoles, mientras que su riqueza desbordada llevó en algún momento a que la Compañía Británica de las Indias Orientales fuera económicamente más poderosa que el propio gobierno inglés, lo cual generó que en 1774 su Dirección privada pasara a manos del gobierno bajo la representación de Robert Clive. La presencia inglesa en India se dá desde 1600, se profundiza a lo largo del siglo XVII, se expande en el siglo XVIII y se institucionaliza en 1858 a través de la instauración del Raj Británico. China, como se apuntó, con base a su poder y organización, rechaza los asedios y obliga a Inglaterra a llevarla a la Guerra del Opio, donde un Imperio declinante ya no tuvo la fuerza para resistir la superioridad occidental. Después de Inglaterra y junto con ella, siguiendo estrategias similares que Fairbank denomina “el siglo de los tratados” (Fairbank, 1996, págs. 245-248), Francia, Rusia, Estados Unidos, Japón, etc., a través del aprovechamiento de la debilidad del gigante chino, realizaron múltiples incursiones que derivaron en la firma de tratados internacionales ventajosos para los intereses no-chinos. Sin embargo, no obstante que en la guerra de los bóxers (1899) se formó una coalición de alrededor de diez países contra China, que en su momento dos de ellos (Rusia y Japón) tomaron parte de su territorio, esta nunca se venció del todo y defendió su patrimonio, su geografía y soberanía hasta 1911 en que terminó la era de los imperios por un movimiento social interno que se resolvió hasta 1949 con el triunfo del Partido Comunista Chino (PCCH) comandado por Mao Zedong. Esta unidad política, económica y cultural china que se adelgaza pero que nunca se rompe, es la diferencia con una India que estaba rota y que al contrario de China, es Occidente quien finalmente la une.

El saber preindustrial e industrial, los avances tecnológicos en lo militar y en la navegación, el renacimiento y la ilustración europea en general, inclinaron la balanza de las hegemonías del siglo XVIII al XXI hacia el terreno occidental. El estancamiento, la división y el enclaustramiento, enemigos de la modernidad, originan entre otras causas la caída de los dos gigantes asiáticos. La forma de enfrentar este primer choque de civilizaciones, por parte de cada uno de ellos, también ayuda a explicar sus fortalezas y debilidades en el siglo XXI. A pregunta del príncipe Rasselas de Abisinia (1759) sobre el porqué los europeos eran tan poderosos, su filósofo Imlac le contesta “Ellos son más poderosos, Señor, que nosotros, porque son más sabios; el conocimiento predominará siempre sobre la ignorancia, como el hombre gobierna a otros animales. Pero acerca de por qué su conocimiento es superior al nuestro no sé qué razón puede darse, salvo la insondable voluntad del Ser Supremo” (Ferguson, 2012, pág. 50). En el cambio de Era del Atlántico al Pacífico que vive actualmente la economía global, habrá que estar atentos sobre los nuevos designios de la “sabiduría” y del nuevo “conocimiento”.

VI. La India y su cita con el destino

1947-1964

Más allá de las diversas posiciones que hablan de una India como una unidad política antes de 1947, lo cierto es que nunca se logró del todo esta unión durante los reinos Mauryas, Guptas, Mogoles u otros, e incluso durante el mismo Virreinato inglés. Por ello es que a pesar de la supremacía económica de la India a lo largo de su historia, esta nunca pudo ejercerla como un poder extraregión como tampoco llegó a cumplir con los atributos de una hegemonía dominante por su déficit de cohesión política y aleatoriedad de sus ciclos históricos; lo cual no deja de ser una paradoja frente a su robusta riqueza de más de 15 siglos. De ahí la importancia de su despertar nacional en el siglo XX, que Nehru definió de la manera siguiente:

“Hace muchos años hicimos una cita con el destino y ahora llega el momento en que debemos cumplir nuestro compromiso, no del todo o en plena medida, pero sí en una forma sustantiva. Al sonar la media noche, cuando el mundo duerme, la India despierta a la vida y a la libertad. Se acerca el momento que sólo se presenta muy raras veces en la historia, cuando pasaremos de lo viejo a lo nuevo, cuando termina una época y cuando el alma de una nación, acallada durante mucho tiempo, encuentra expresión. Es adecuado que en este momento solemne nos comprometamos a dedicar nuestra vida al servicio de la India y de su pueblo y a la causa aún más grande de la humanidad.”

Percival, (2001, pág. 340).

En la frase anterior, pronunciada el día previo a la declaración de independencia de la India el 15 de agosto de 1947, Nehru reconoce una vieja cita con el destino no cumplida; un despertar a la vida y a la libertad; el alma de una nación acallada que encuentra una oportunidad de expresión, retos todos a los que dedicó su vida hasta su muerte en 1964. Jawaharlal Nehru, hijo de una familia aristócrata de Cachemira, fue un actor relevante tanto en el proceso anterior a la independencia de la India como en la primera etapa de su posicionamiento económico político del periodo que abarca de 1947 a 1964. Junto con Mahatma Gandhi en su histórico papel de gran pacificador de la India, y con Mohamed Alí Jinnah representante de la Liga Musulmana Panindia, fueron los tres personajes que coincidieron en un momento catártico del país, donde las divididas corrientes de su historia desembocaron tumultuosamente en un amplio mar de nación donde las aguas no sabían donde acomodarse, lo cual obligó a la India al pago de un millón de muertos aproximadamente a causa de las pugnas internas de su liberalización (Tharoor, 2009); al sacrificio de Gandhi; a la pérdida de 70 millones de habitantes que quedaron en la zona paquistaní; a 17 millones de desplazados y a la división de la nación en dos países: India y Pakistán, que escenificaron tres guerras en los 24 años siguientes; división que a partir de 1971 se convirtió en tres países al independizarse Bangladesh de Pakistán; sin olvidar el tema aún vigente de una Cachemira dividida desde su independencia en una zona india y una paquistaní; con el agregado chino a partir de la guerra de 1962.

El pacto de unión de la nación India no fue un evento sencillo, fue desde el inicio un nacimiento forzado que aún ahora batalla, de diferente manera, en la búsqueda de su identidad común.

El fin de la Segunda Guerra Mundial marco el comienzo del agotamiento de la hegemonía de las naciones occidentales en el mundo en general y en Asia del este en particular. El trauma de casi 100 millones de muertos en la primera mitad del siglo xx no fue el mejor campo propicio para un relanzamiento de las hegemonías occidentales bajo un esquema de dominio que había dado de sí. En el caso de India, una Inglaterra exhausta más que una India unida políticamente, precipitaron los hechos para que en tan solo dos años después del fin de la guerra se le reconociera su independencia y se le dejará su conducción en manos indias. Sin embargo no es difícil imaginar los caóticos momentos que tuvieron que darse para que esto sucediera. Un país que nunca había podido conciliar sus diferentes intereses políticos, religiosos, culturales, sociales, etc., se enfrentaba a dejar la tutela inglesa y por primera vez caminar en solitario en el nacimiento de un nuevo mundo global que se inauguraba. La violencia de los cientos de miles de muertos hubiera sido mayor sin la presencia de Gandhi y desde luego el control nacional del país hubiera sido más difícil sin la figura de uno de los hombres más destacados de la segunda mitad del siglo xx que fue Nehru.

Una India de cerca de 95% de analfabetas, con 85% de su población en el campo, de 90% de pobres; dividida en cerca de 362 estados o provincias;

de 390 millones de habitantes (1941), divididos religiosa y culturalmente, principalmente entre hindúes y musulmanes; sin experiencia en la administración integral de país, entre muchas otra debilidades, era un reto que sin la figura política de Nehru (ya que Gandhi fue asesinado en 1948) seguramente hubiera implicado un costo mayor. Mientras se atacaba la violencia religiosa, había que convencer a los cientos de pequeños reinos a sumarse a alguno de los 29 estados y 7 territorios en los que finalmente se ordenó políticamente la India; organizar su nuevo estatus constitucional (1950); lanzar un proyecto económico, definir su camino político; plantear su relacionamiento internacional, fueron parte de los muchos temas a los que la conducción de Nehru tuvo que enfrentarse duramente los 17 años que ejerció el puesto de Primer Ministro. Nehru, políticamente hablando, es resultado de su “ilustrada” preparación en Cambridge, Inglaterra; de su agnosticismo que le alertaba del peligro de que “la religión en India matara a este país y a sus gentes si no es controlada” (Tharoor, 2009, pág. 234); de su convencimiento político sobre los valores occidentales como la democracia y derechos humanos etc; de su conciencia del mundo político de su tiempo; de su simpatía por el socialismo y el no alineamiento a las grandes potencias; creencias todas que fueron cinceland el nuevo perfil de la nación India. Aunque en principio Nehru declaraba estar “...convencido de que la clave para solucionar los problemas del mundo y de India se encuentra en el socialismo...” “El socialismo de Nehru era una curiosa amalgama de idealismo (de un estilo fabiano particularmente inglés), preocupación profunda si bien algo idealizada por los menesterosos (surgida a raíz de sus viajes cada vez más imperiales entre ellos), fe gandhiana en la autosuficiencia (aprendida ante la rueca y caracterizada por su predilección por el Khadi), desconfianza creciente ante el capital occidental (surgida de su anticolonialismo primario) y fe “moderna” en métodos “científicos” como la Planificación (la mayúscula inicial es deliberada: Nehru elevó la técnica a la condición de dogma)” (Tharoor, 2009, págs. 178-179).

En lo político, Nehru desplegó una estrategia de conciliación hacia todas las fuerzas políticas y religiosas representativas del país, concediéndoles un lugar en el gobierno, al propio tiempo que ejercía una política inflexible de mano dura contra la violencia independientemente de su procedencia. En lo internacional simpatizó con los países socialistas, en especial con la entonces Unión Soviética y China, al igual que encabezó un movimiento de países no alineados junto con Nasser (Egipto) y Tito (Ex Yugoslavia); guardando distancia de los líderes occidentales de posguerra. En lo económico y ante las influencias de su tiempo, Nehru adoptó un camino ecléctico que si bien se inspiró en los ejemplos de modelos socialistas, trató de rescatar una línea de desarrollo mixto. Bajo una idea socialista, en 1950 crea la Comisión de Planificación, la cual fue la encargada de preparar el primer plan quinquenal de 1951, a través del cual se fue estructurando un sistema industrial público y privado con participación estatal prioritaria en las nuevas empresas. Ante la

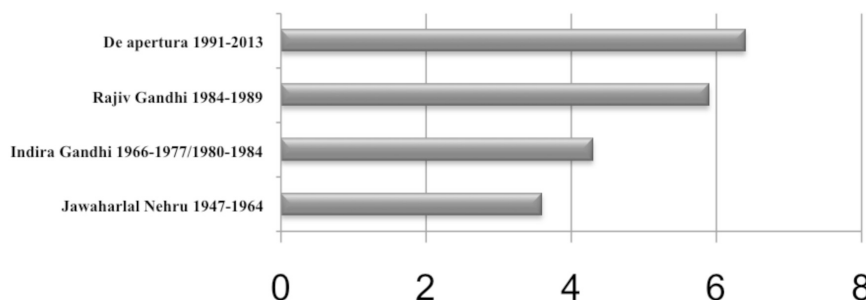
falta de capital, escaso saber tecnológico y ausencia de estructura industrial, se incentivó la capacidad de ahorro y se dio prioridad a la industria nacional a manera de sustitución de importaciones. A fin de fortalecer este campo económico, el Estado estableció un rol dominante sobre todo en el sector de industrias pesadas; regulación del sector privado mediante el otorgamiento de licencias, distribución y control de precios. Con base a la política instaurada a partir de 1948, la industria se dividió en a) Monopolios Estatales, donde aparecían armas nucleares e industria ferroviaria, entre otros; b) Industrias básicas con importancia especial para el Estado (acereras, barcos, minerales, industria aérea, telecomunicaciones, etc.) Industrias de interés nacional, donde la participación del Estado era menor y, d) todas las demás áreas abiertas a la inversión extranjera. Si bien se aceptó a la empresa privada industrial, esta fue siendo objeto de un control mayor al paso del tiempo y un sistema de regulación de precios en productos como metales, cemento, medicina, algodón, jabones, azúcar, vehículos públicos, etc., donde el Estado, bajo la idea de mantener precios “razonables” para la población, llegó a tener una injerencia directa (Panagariya, 2008, págs. 32-36). Al dar prioridad al sector industrial, el gobierno de Nehru descuidó al sector agrícola donde estaba la mayoría de la población, tal vez con la idea de que bajo ese esquema la India había vivido los últimos 2000 años. Al igual que en la industria, se buscó un modelo mixto donde convivieran las nuevas cooperativas con la propiedad tradicional; interviniendo en infraestructura hidráulica e hidroeléctrica para el mayor riego del campo. El Acta de Materias Primas Esenciales de 1955 le dio al Estado la facultad de fijar precios máximos a los productos del campo, lo cual desincentivó la producción. En el área educativa, las acciones más destacadas de Nehru en cuanto a la política pública se corresponde a la creación de sus famosos Institutos de Tecnología (1947), los cuales junto con el Instituto de Ciencia creado por la familia Tata (1909), han marcado la diferencia en materia de producción de servicios de alta tecnológica entre India y los demás países en desarrollo, incluyendo a China.

El periodo de Nehru en materia económica sigue siendo tema de polémica y diversos enfoques. Sin embargo, si se parte de que India tuvo un crecimiento económico promedio de 1900 a 1947 de 0.9% y de 1950 a 1961 de 3.7%; y un PIB per cápita de 0.1% y de 1.8% respectivamente (Sen, 2013), se tendría que aceptar que la salida de Inglaterra junto a la llegada de Nehru le favoreció ampliamente a la India. No obstante, frente a superiores incrementos registrados por Corea, Taiwán, Japón y otros países de Asia del este durante el mismo periodo, se fundamentan las críticas al modelo de economía mixta implementado por Nehru; el cual a su muerte termina con altos niveles de corrupción e ineficiencia del Estado.

A pesar de lo anterior, el periodo del despegue de la independencia de India no puede tazarse únicamente por crecimiento y porcentajes; la herencia de Nehru en materia de creación de instituciones democráticas, defensa del secularismo del Estado, habilidad para integrar a los múltiples reinos y

religiones en torno a un objetivo de Estado, evitando la desintegración del país en su etapa de arranque y el dotarlo de una personalidad internacional de respeto en medio de la crisis, son algunas de las herencias de un estadista con su cita con el destino.

Gráfica 1
India, PIB promedio por periodo



Fuente: Elaboración propia con datos del Banco Mundial & India government data.

1966-1977/1980-1984

El segundo periodo representativo de la India independiente, para los efectos de este trabajo, corresponde a los dos ejercicios administrados por la hija de Nehru, Indira Gandhi, el cual comprende su primer ascenso a la muerte de su padre (1966-1977) y su segunda llegada al poder hasta su magnicidio en 1984 (1980-1984). Indira no asume el poder de manera automática a la muerte de su padre; antes de ella es elegido L. B. Shastri, a pesar de que no fueron pocas las voces que desde que vivía Nehru sugerían que dejara su testamento político en manos de su hija, la cual se preparó para ello trabajando de manera estrecha con su padre, sobre todo en los últimos quince años de su vida. La llegada de Indira al poder tampoco se da en un marco de normalidad política. La anteceden hechos turbulentos como la traumática guerra con China, que si bien se da en el periodo de su padre (1962), sus consecuencias no se habían disipado ante la estruendosa derrota de las tropas indias que nunca esperaron, en el marco de la “profunda amistad” India-China, “Hindi-Chini bhai-bhai” (los indios y los chinos son hermanos), que la República de Mao invadiera suelo indio de esa manera tan inesperada, con la pérdida de 6,500 Km² de su territorio. De igual modo, se presentaron sendas sequías en 1965 y 1967; la primera guerra con Pakistán en 1965 y la segunda en 1971; dos sequías más

en 1971 y 1973, etc.. Las sequías obligaron al país a depender de la ayuda norteamericana para la entrega de alimentos, lo cual rompió de alguna manera la herencia Nehruiana del no alineamiento y originó un resentimiento por parte del pueblo indio contra los norteamericanos que aprovecharon su inestabilidad para aumentar su importancia en la zona. Estos hechos pegaron a la economía y obligaron a devaluar la Rupia (36%). En lo político, la imagen del Partido del Congreso, el partido histórico de Nehru y de Indira, sufrió un quebranto importante, lo que llevó en 1967 a la promulgación de un programa de 10 puntos, el cual impuso entre otras medidas: la nacionalización de los bancos y los seguros; fijar límites a la propiedad urbana y al ingreso; restricciones a los monopolios y la a concentración de capital; distribución pública de alimentos; reforma agraria, etc., lo cual no era otra cosa que orientar la economía mixta de Nehru hacia un socialismo más alejado del capitalismo norteamericano y más cercano al Bloque Soviético, con quien fincó un tratado en 1971 por un periodo de 20 años, incrementando su relación económica y comercial con los socios del bloque.

El gobierno de Indira Gandhi no se distinguió por su eficiencia y claridad. Una política más intervencionista aprieta a la empresa privada a través de una política de licencias que controlaban políticamente zonas, montos, sectores e inversionistas nacionales e internacionales; burocratizando la actividad industrial, restándole dinamismo y claridad. A diferencia del periodo de Nehru, la agricultura salió más beneficiada a través de la llamada “revolución verde”, con nuevos campos, más variedad de semillas y aumento de cosechas, sobre todo en el norte del país, lo cual generó que en 1970 la India consiguiera de manera importante la autosuficiencia alimentaria.

Entre los desastres naturales, las guerras y la mala administración pública, hicieron que el Partido del Congreso, con Indira a la cabeza, perdieran por primera vez las elecciones parlamentarias en 1977. A pesar de ello, ante la falta de capacidad del gobierno en turno, se tuvo que llamar nuevamente a elecciones en 1980, donde Indira salió victoriosa, para en 1984 ser asesinada en los jardines de su residencia oficial por dos de sus guardias privados, seguidores de la religión sijh, los cuáles operaron después de que Indira hubiera ordenado una represión afuera del Templo Dorado, lugar sagrado de los seguidores de esta “iglesia”.

Indira, señala Octavio Paz, “... no era religiosa-pero-estaba poseída por la pasión y la creencia de pertenecer a una estirpe predestinada (¡brahmanes de Cachemira!).” “Esta pasión nubló, al final, su claro entendimiento político y su realismo”. En la línea de esta pasión, Indira tomó políticas extremas que en su momento cimbraron a los grupos políticos y al pueblo indio. En 1974 realizó un intento de diluir las garantías democráticas con fundamento en la gravedad por la que atravesaba el país. En un discurso dirigido al pueblo, que tal vez la convertía en la única mujer dictadora del siglo xx señaló que “Nuestros oponentes quieren paralizar el trabajo del gobierno, lo que nos coloca en una seria posición. Y nosotros hemos toma-

do algunas medidas. Pero muchos de los amigos en el país se preguntan qué está haciendo Indiraji? ¿Qué pasará ahora con el país? Pero nosotros vemos que el país se encamina al desastre y requiere de ser sanado urgentemente y se le tiene que dar una medicina aunque esta sea amarga. Como si fuera un querido niño, cuando el doctor le prescribe pastillas amargas, se le tienen que administrar para su cura... Así se le tiene que dar esta medicina amarga a la nación. Cuando el niño sufre la madre sufre con él. Por ello, a nosotros no nos da mucho gusto tomar estas medidas... Pero nosotros veremos que funcionen como lo hace un doctor” (Guha, 2007, pág. 493). Estas acciones antidemocráticas. Sus malos resultados económicos. El alentar a extremistas en el Punjab llevarían a Indira a ser “la primera víctima de un conflicto provocado por ella misma”; y a que Paz concluyera que “... a mí me parece claro que Indira, movida por el demonio de la política, encendió el fuego que la quemó” (Paz, 1995, p 41).

1984-1989

Con Rajiv Gandhi concluye una dinastía parlamentaria de la familia Nehru-Gandhi (37 años) que gobernó el 50% aproximadamente del periodo de la India independiente (1947-2014), y si bien es una línea familiar padre-hija-nieto, en lo económico y en lo político quedaron marcadas las diferencias de cada ejercicio. Nehru inaugura una economía mixta con vocación socialista, al mismo tiempo que su hija radicaliza su enfoque hacía una economía de Estado. En lo que toca a Rajiv, durante su ejercicio puede apreciarse un primer cambio de timón, que se presenta como el antecedente de la apertura que seguiría la India a partir de 1991 con Narsimha Rao. Rajiv, cuyo antecedente laboral era el de haber sido piloto de avión, se suma a la política ante la muerte de su hermano, como Secretario General del Partido del Congreso en 1983, por lo que frente al magnicidio de su madre gana holgadamente las elecciones (75%) de 1984. Poniendo un sello personal a su administración, inicia durante los primeros años de su mandato un proceso de liberalización económica que cambia la tendencia implementada por Indira en su programa de 10 puntos. En el sector industrial, a partir de 1985, establece facilidades para la producción de cadenas de manufactura como camiones, carros, suministros, etc., generando estrategias de flexibilización en diversos sectores. De igual modo permite la expansión de negocios que hayan alcanzado el 80% del uso de su capacidad instalada; lleva el monto de las industrias sujetas a la obtención de licencia a la suma de un billón de rupias, beneficiando a 27 sectores industriales; facilita y exenta de licencia a empresas ubicadas a 100 kms de las grandes ciudades; se liberaron 82 productos farmacéuticos y 30 industrias del sector; se otorgaron exenciones fiscales de acuerdo a ventas y activos; se cancelaron los controles de precios del cemento y del alumi-

nio, etc. El lanzamiento de estas medidas originó que en el periodo 81-88 el PIB industrial creciera un 6.3% anual promedio (Panagariya , 2008, pp 83-84). De igual modo se aplicaron medidas de liberalización en materia de comercio exterior e inversión extranjera; empresas estatales (telégrafo y telecomunicaciones), así como en materia educativa. El 5.6% de crecimiento durante su periodo, superior al de su abuelo y de su madre, ratifican el antecedente de la política de liberalización económica que se aplicaría de una manera más amplia a partir de 1991.

Hay otra línea de análisis que mide el desarrollo económico de la India bajo el enfoque de su periodo con tendencias socialistas (1950-1984) y el de apertura que en un primer impulso se inicia a partir de Rajiv en 1984 y que se continúa hasta la presente fecha con Narendra Modi. El primer ciclo se caracteriza por un crecimiento anual promedio de 3.5% del PIB y un per cápita de 1.4% y el segundo con una mejora sustantiva del 5.6% de aumento del PIB anual promedio y un per cápita del 3.6%, lo cual refleja por un lado la insuficiencia económica del primer periodo, como la consistencia en el crecimiento de la economía de India durante todo el tiempo de medición (Uma K. , 2008, pág. 61).

La muerte de Rajiv Gandhi, asesinado también por motivos religiosos en 1991, genera un partaguas en el desarrollo político de la India. En primer lugar porque con su derrota concluye una dinastía política que gobernó al país durante la mitad de su vida independiente bajo el amparo de la figura de Nehru. De igual modo, porque la ausencia de la dinastía Nehru, junto con otros hechos, abrió la puerta para que en 1998 llegara al poder el rival político más importante del Partido del Congreso, el Bharatiya Janata Party, que como ya se comentó, es la expresión radical del movimiento hinduista, del cual se pensó que tendría un paso temporal en la administración del gobierno ante su salida en 2004, aunque su regreso en 2014 en la figura el primer ministro Narendra Modi, abre nuevamente los temas históricos no concluidos sobre la identidad y naturaleza de la nación.

La muerte de Rajiv Gandhi motivó un nuevo capítulo político que fue precedido de ajustes en los que las diferentes fuerzas no lograron obtener la mayoría suficiente para poder gobernar de manera sustentable. De Rajiv en 1989, a la llegada de Manmohan Singh en 2004, pasaron ocho primeros ministros de los que sólo Rao (1991-1996) del Partido del Congreso, y A. Behari Vajpayee (1998-2004) del BJP y la Coalición del Frente Nacional, lograron terminar su periodo. Además de la inestabilidad política, India ya había entrado como China en 1978 y Rusia en 1991, a una etapa donde las líneas socialistas de su desarrollo habían dado de sí y enfrentaba la imperiosa necesidad de llevar a cabo reformas estructurales que no sólo le dieran más velocidad a su crecimiento, si no que resolvieran sus problemas de empleo, pobreza y falta de inclusión. Una grave crisis financiera la obliga a reestructurarse en 1990-1991 frente al Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), instituciones que justo en esos años tam-

bién negociaban con Rusia las nuevas líneas de su desarrollo. No cabe duda que la forma y la estrategia de apertura económica seguida tanto por China, como Rusia e India, han tenido mucho que ver en el éxito mayor o menor de su situación actual. Con un origen común significado por una base económica socialista, cada uno en sus propias circunstancias, en los setenta (China) o en los noventa (India y Rusia), los tres países iniciaron su asimilación a la economía global. La experiencia China, la más exitosa de todas, debió haber sido para la India una fuente útil de benchmark, ya que los tiempos y los modos de la transformación de la economía de planificación central instaurada por Mao, al socialismo de mercado impuesto por Deng Xiaoping, son una lección permanente para todo país en desarrollo. El caso ruso, por el contrario, su estrategia de reforma instrumentada en los noventa que le costó al país la pérdida de 4.5 veces su PIB, ante la torpeza del plan con el que intentaron en 500 días la transformación de un modelo económico comunista a uno capitalista, afortunadamente no influyó de manera determinante en las medidas tomadas por el Primer Ministro P. V. Narasimha Rao, quien desde un principio se apoyó en el talento de Manmohan Singh como Ministro de Finanzas. En ese sentido, la reforma india fue la construcción de una apertura incipiente que atisbaba Nehru, toleraba Indira, impulsó Rajiv y a Rao y a Singh les tocó empujar bajo una visión “nacionalista” hacia el exterior, la cual paradójicamente, a pesar de sus contradicciones, la India nunca ha perdido de vista; lo que ha dado como resultado la implementación de cambios que no han caído en la precipitación o entrega del país a los intereses extranjeros, lo cual enmarcó a la apertura rusa de los noventa. En esta nueva línea, las reformas de 1991 abolieron casi en su totalidad el sistema económico de licencias y permisos; redujeron las barreras a la inversión extranjera y a las operaciones de comercio exterior; abrieron en mayor medida el sector financiero; tendieron a disminuir la participación y el control del Estado; dotaron de mayor libertad a las diferentes fuerzas del mercado; motivaron una mayor competencia; más orientación económica hacia el mercado exterior; ampliación de las zonas económicas especiales; reforzó el sector de servicios; aumentó la productividad, etc. No obstante lo anterior, ninguno de estos cambios se dio de manera precipitada o de Fast Track como en México, por lo que el Estado indio sigue manteniendo empresas estratégicas (energía atómica, ferrocarriles, etc.); sus regulaciones sobre monopolios y prácticas restrictivas tiene nuevos lineamientos más liberales (2002) pero sigue protegiendo el interés del Estado. Si bien la propiedad estatal está en debate permanente esta no se ha eliminado, sobre todo en el campo y en temas sensibles; la liberalización financiera, a pesar de su apertura, sigue dando al Estado margen de maniobra en el control de la banca y su moneda; la regulación laboral sigue sin vencerse, por lo menos formalmente, a la apertura; el campo mantiene limitaciones de precio, traslado y acopio, con subsidio directos del Estado, etc. (Uma, 2012, págs. 25-31).

VI. Consideraciones finales



Economist,
2015

India, como los demás países BRIC, luce esforzada en demostrarse a sí misma y al mundo en general que su desarrollo es consistente y que desde luego debe considerársele dentro de las nuevas hegemonías del siglo XXI. Que ha encontrado las claves de su “destino” y que una “India brillante” iluminará al país en las próximas décadas.

Para ello despliega sus mejores argumentos y usa la voz de Asoká para demostrar su origen ancestral democrático y su vocación secular donde el papel de Estado es el de ser garante de respeto para todos los credos que desde siempre se han practicado en la India. También acude a la figura de Akbar para demostrar al mundo su tolerancia de pensamiento y herencia argumentativa, lo cual la ubica, más allá de la hegemonía occidental-inglesa, en el mundo moderno de la crítica y de la razón, del cual Occidente reclama un origen monopolístico. Bajo estos argumentos, los instrumentos de su enorme riqueza cultural, India se sienta hoy a la mesa de la globalización y defiende su presente político y reclama un lugar preponderante para el futuro inmediato, el cual se traduce bajo el lenguaje BRIC en la tercera economía del mundo en 2050.

En los términos de Manmohan Singh, India le dice al mundo, citando a Víctor Hugo, que “Ningún poder en la tierra puede detener una idea cuando su tiempo ha llegado”; y al hablarle a su parlamento, Singh, le dice al mundo “...que el surgimiento de India como potencia económica mundial debe tomarse como este tipo de ideas. Que todo el mundo sepa y escuche de forma fuerte y clara que India ha despertado. Que prevaleceremos. Que triunfaremos” (Uma, 2012, pág. 15).

ARTURO OROPEZA GARCÍA

Su crecimiento económico permanente, el cual se ha mantenido por más de medio siglo; sus éxitos en materia de los servicios de inteligencia y alta tecnología; su infraestructura científica; su autosuficiencia alimentaria; su fortaleza política anclada en la mayor democracia del mundo desde su independencia; su enorme demografía; la exuberancia de su historia y de su cultura; son algunas de las razones que soportan la idea de una India exitosa que ya intenta ubicarse al lado de China, o de superarla en términos de porcentaje de crecimiento en los próximos años.

Existe la otra visión, la que sostiene “que la cruda campaña de “India brillante” pareció poco a poco una campaña cruel a la mayoría de los ciudadanos que continuaban luchando por sobrevivir”; la que indica que “Para poder ser “brillante”, India necesita cruzar las piedras de toque, garantizando la salud y la educación primaria, así como alimentos y agua potable para sus ciudadanos, eliminando la discriminación social y aliviando la miseria, trabajando juntos en lugar de competir con sus vecinos para crear un ambiente sano y económicamente viable para el sur de Asia” (Ishita, 2011, págs. 251, 264). La que informa que “A pesar de más de seis décadas de crecimiento económico planeado, más de un tercio de la población de la India permanece absolutamente pobre, con un ingreso per cápita de menos de US \$1.25 por día. El nivel de aprendizaje de la educación en la India está todavía por debajo de la media. El gasto en salud pública es solamente del 1.2 por ciento del PIB donde el promedio mundial se ubica en el 6.5 por ciento”. Que “Aproximadamente la mitad de los niños entre 0 y 5 años de edad están malnutridos. Las condiciones sanitarias son terribles”. Que “En el año 2012 el lugar de la India en la lista del índice de desarrollo humano fue el número 136 entre 186 países” (Nayak, 2015).

Sobre el delicado desfase entre el exitoso crecimiento del PIB de la India respecto a temas sensibles como pobreza, salubridad, seguridad social y educación Amartya Sen comenta “La historia del desarrollo mundial ofrece muy pocos ejemplos, si acaso, de una economía que crece tanto y durante tanto tiempo con resultados tan limitados en la lucha contra la pobreza” (Amartya & Jean, 2013, pág. 11).

India es un enorme árbol cuya espesura de sus ramas no deja ver con claridad el tamaño de su tronco. De igual modo no existe una sola India, conviven en un mismo territorio un sinnúmero de indias culturales, religiosas y sociales que limitan todo tipo de conclusiones fáciles o aglutinadoras. Occidente batalla con ello, sobre todo a partir de que O’Neill propusiera una India-BRIC hegemónica para el siglo XXI. Sin embargo, no solo a Occidente se le complica entender las contradicciones políticas, económicas y sociales del país democrático más poblado del mundo. Los propios especialistas asiáticos batallan para acomodar en un solo recipiente el ideal de Rabindranath Tagore cuando decía que su ser, su persona era “una confluencia de tres culturas, hindú, mahometana y británica” (Sen, 2007, pág. 122); al propio tiempo que luchan para encontrar la clave de un desarrollo económico más justo e incluyente. Una India que se pretenda hegemónica, tendrá que dar curso y aprobar estas asignaturas pendientes.

VII. Bibliografía

- Amartya, S., & Jean, D. (2013). Una gloria incierta. India y sus contradicciones. Madrid, España: Taurus.
- Banerjee, I. (2011). ¿Resplandece India? Notas y reflexiones. En O. G. (coordinador), BRICS: el difícil camino entre el escepticismo y el asombro (pág. 257). México: Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Chai, J. C., & Roy, K. C. (2006). Economic reform in China and India. Development experience in a comparative perspective. Cheltenham, UK. Northampton, MA, USA: Edward Elgar.
- Das, G. (2002). India Unbound. The social and economic revolution from independence to the global information age. United States of America: Anchor Books.
- Embree, A., & Wilhelm, F. (1974). India: historia universal del Siglo x. México: Siglo XXI.
- _____ (2004). India. México: Siglo XXI editores.
- Engardio, P. (2007). Chindia. How China and India are revolutionizing Global Business. United States of America: McGraw-Hill.
- Fairbank, J. (1996). China una nueva historia. Santiago de Chile: Ed Andrés Bello.
- Ferguson, N. (2012). Civilización. Occidente y el resto. Argentina: Debate.
- Friedman, T. (2006). La tierra es plana. Madrid, España: Mr Ahora.
- Guha, R. (2007). India: after Gandhi. USA: Harper Collins.
- Huntington, S. (2001). El Choque de Civilizaciones. México: Paidós.
- Ishita, B. (2011). ¿Resplandece India? Notas y Reflexiones. En O. G. Arturo, BRICS: el difícil camino entre el escepticismo y el asombro (págs. 251,264). México: Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.
- Kalam, A. P., & Rajan, Y. (2002). India 2020. A vision for the new millennium. New York: Penguin Books.
- Khanna, T. (2007). Billions entrepreneurs. How China and India are reshaping their futures and yours. Boston, Massachusetts: Harvard Business School Press.
- Luce, E. (2007). In spite of the gods. The rise of modern India. New York: Anchor Books.
- MacLennan Crespo, J. (2012). Imperios Auge y declive de Europa en el mundo, 1492-201. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Meredith, R. (2007). The Elephant and the Dragon. The rise of India and China and what it means for all of us. New York: Norton.
- Nayak, P. (2015). La economía de la India: perspectivas y retos. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Ontiveros, E., & Guillén, M. (2012). Una nueva época, los grandes retos del siglo XXI. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg.
- Panagariya, A. (2008). India: The Emerging Giant. New York: Oxford University Press.

- Pániker, A. (2014). *La sociedad de castas*. Barcelona, España: Kairós.
- Paz, O. (1995). *Vislumbres de la Indi*. México: Seix Barnal Biblioteca Breve.
- Percival, S. (2001). *Historia de la India II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pirenne, J. (1979). *Historia Universal Tomo I*. Grolier.
- Rai, V., & Simon, W. L. (2007). *Think India. The rise of the world's next superpower and what it means for every american*. New York: Dutton.
- Sachs, J. (2006). *El fin de la pobreza*. México: Debate.
- Sen, A. (2007). *India Contemporánea: entre la modernidad y la tradición*. Barcelona, España: Gedisa.
- Shashi, T., & Nehru. (2009). *La inversión de India*. Barcelona, España: Tusquets.
- Tharoor, S. (1997). *India. From Midhight to the Millennium*. New York: Harper Perennial.
- _____ (2009). *Nehru: La invención de India*. Barcelona España: Tusquets.
- Uma, K. (2008). *Indians Economic Development Since 1947*. Academic foundation: New Delhi.
- _____ (2012). *1991-2011 Two Decades of Economics Reforms*. New Dehli.
- _____ (2012). *India Economy. Performance and policies*. Academic Foundation.
- Winters, L. A., & Yusuf, S. (2007). *Dancing with giants. China, India, and the global economy*. Washington D.C., Singapore: The World Bank & Institute of Policy Studies.
- Wolpert, S. (2005). *India*. California: University of California.
- Zimmer, H. (2008). *Filosofpías de la India*. Madird: Sexto Piso.